

MARYLIN

¿Ya te contaron lo de la Marylin?

No.

Pues fijate que se mató.

¡No!

Amaneció sin amanecer. La luz se había ido metiendo por la casa de modo impertinente. No era una mañana buscada. En aquella casa sólo la oscuridad de la noche era apetecida, porque, era entonces, cuando toda ella brillaba de alegre, artificial alegría: la sirvienta con los vasos limpios, el sirvientito terminando de barrer el gran salón decorado muy a lo hippie y la mamá encerrándose en su cuarto —con dos nembutales entre pecho y espalda, el rosario en las manos y la Virgen de Guadalupe al cuello— para no oír el retozo de la noche.

Como casi todas las mañanas era aquella mañana. Todo turbio: ojos, habla, gesto, alma y almácigo de excesos. El pelo —teñido de platino— tenía dos dedos de raíz castaño oscuro. Ya no se ocupaba de pintarlo con la frecuencia de antes. Se lo pintaba por una razón obviamente interior, porque la mayoría de las veces llevaba una peluca, que siempre era distinta, pero nunca más abajo de la nuca.

Hizo un gesto de asco y se echó nuevamente en la cama:

(Cuidado con el nene, Francisca, mirá qué tiene en los deditos).

(Nene. Nene. Más parece nena, con esos pelos y ese vestido ¡a los cinco años! Debiera ver esta vieja los niños de mi pueblo. Esos sí son nenes, no esta mierda de “nena”).

(Tiene uno cinco criadas en la casa para nada. Esta Francisca

siempre tan distraída. Criada para la cocina, para la limpieza, para la ropa, para la costura, para Bobby, jardinero y chauffer. Y nada. No sirven para nada. Llegaré tarde. Ya estarán sentadas jugando, ay Dios mío, si estuviera vivo Roberto).

Dio media vuelta en la cama. El licor y la marihuana corrían locas carreras por aquel cerebro con la cima platinada.

(Francisca despertá al nene para que vaya al colegio. Son las once. No he abierto la tienda. ¡Despertálo te digo! No ves que tiene tres días de no ir por las mañanas. Y yo que tampoco me sé levantar temprano, ¡ay Dios! Y Roberto muerto. ¡Levántalo!).

Los ojos le pesaban. Los párpados le pesaban. Los pies le pesaban: la vida le pesaba. Todo pesa, pero más que todo la ausencia de Louis. Entonces no se maquillaba los ojos.

(Louis, Louis. Francia, Francia. No nos dejaremos nunca ¿verdad Louis? Tú y yo: el matrimonio perfecto dentro de lo imperfecto. Yo siempre tendré dinero Louis, viajaremos, viviremos. Tú te harás un famoso modisto. Lo sé. Ahora dame un beso. Ah, me encanta el aire de París. ¡Suéltame la mano, puede vernos ese lechero!).

Se pasó la mano por el párpado izquierdo, limpiándose la sombra dorada del maquillaje, se quedó prendida en el dedo de en medio: dedo torcido, doblado. Eternamente torcido y doblado. Corte de tendón, dedo torcido.

(Por qué no me morí entonces. Sólo pude cortar el tendón y no la vida y todo por el estúpido de José. Uno quiere y no lo quieren. ¡Menos a uno! Uno nunca sabe quién lo quiere y quién no lo quiere. ¡Menos a uno! Cómo iba a saber yo que José era un padrote, un gigolo. Se miraba tan tierno, lucía tan tierno. Pero, ¿por qué no miramos detenidamente? No podemos. ¿Nosotros no podemos? Tenemos que tomar lo que nos caiga, especialmente si están borrachos. Entonces se sueltan. Entonces nos quieren. Pero, después: si te he visto no me acuerdo. Y eso que yo soy yo. Yo quiere decir dinero. ¿Y quiénes no tienen dinero? ¡A mí que me importa! Si te he visto no me acuerdo. ¿Quién eres tú? Ah... sí. Creo que sí. No me

acuerdo pero me parece que estuve en tu casa, en fin, cuando los muchachos disponen salir de parranda...)

(Ese día no sé ni cómo metí el automóvil al garage. No me acuerdo. No se acuerdan. Sólo se acuerdan para beberse mi trago. Y cuando hay alguien bueno... ya no distingo lo bueno. Pero ¿por qué no distinguí entonces? ¡Qué me importa! Yo qué sabía. Era casi un niño. Pero me amaba. Creo que yo también lo amé un poco. Un niño, sí era casi un niño. Me hacía poemas, en la gaveta han de estar, creo que los guardo. Eran unos lindos poemas. Pero yo creo que entonces ya no sabía ni qué era bueno. Me quiso. Quizá todavía me quiere. Pero no tengo fuerzas para escalar el pozo. Estamos situados en dos planetas distintos y la nave con la que vine la he quemado definitivamente. Nosotros quemamos esa nave con los años. No nos damos cuenta. Su fuego no da luz. Cada día arde un poquito, con el gesto de nuestra mano sobre algunos pantalones o con el ademán de lujuria que alguno pinta sobre su brageta. Hoy está definitivamente quemada. Y si él me quiere todavía ya no tengo fuerzas para escalar el pozo. Hermoso era su rostro, casi sin barba todavía. Julio. Rubio. ¿Me querrá todavía? No lo sé. ¿Cuántos años él, también, tardará para quemar su nave? Julio. Julio. Julio. Julio. ¡Es estúpido! me hacía versos. Qué me importan los versos. ¡Ver... sos es lo que me importan! Eso es lo único que me importa. Nuestras pláticas son de medidas pero no sobre la métrica de los versos, sino la medida que hace a los hombres. De eso sí que nos gusta hablar. Y la "Caimana" tiene una gracia para contarlo: "El otro día me eché un macho divino, era como un verso octosílabo: ocho... sílabas tenía lo menos el condenado". Qué gracia tiene la "Caimana". Para eso se pinta sola).

(¿A qué hora se iría el último? No sé. Cuando trajeron la marihuana yo ya estaba bastante arriba con el alcohol. Vaya que le saqué esas cuatro botellas a aquel viejo estúpido de antenoche. ¿Quién sería? Diplomático creo que era o eso dijo. ¡Qué me importa! Serían las cuatro cuando empezamos a "tostarnos": era buena esa marihuana. Todavía no sé si duermo o no. Quizá duerma, o quizá no. No me acuerdo si lo subí al cuarto o no lo subí. ¿Fue anoche cuando lo hice enfrente de todos? No, porque el guacamol para los entremeses lo hizo la Felipa otro día. ¿De dónde saqué que

ese viejo judío es jodido, capaz me mete presa. Y presa ¿qué va a hacer Bobby? Con lo loco que es. ¿Loco o loca? ya ni sé. ¿Loco o loca? ya ni sé. Qué iba a saber yo lo que me iba a salir de adentro. ¿Fue adentro o fue afuera? Yo nunca he entendido de esas cosas... quizá fue afuera ¿o la Virgen lo quiso? La Virgen no puede querer eso. Perdóneme Señor, Ave María Purísima. ¿Entonces fue afuera? Qué se yo. Yo no sé nada. Roberto siempre dijo que yo era una ignorante. Y él... ¿acaso no lo vestía de muchachita? Qué diablos era esa cosa que quería, a la fuerza, una hija mujer. Y después el vientre se me secó. Y venga a vestir al niño de niña. ¿O es niña? Qué diablos sé yo. El cheque es lo único que sé yo. ¿Y si mi hermana no quiere: Ella también está bien fregada de pisto y ese judío es jodido, viejo jodido).

* * * * *

Señora, es la judicial, dijo la vieja Felipa. No se qué de un cheque. Levántese por favor que han estado timbrar y timbrar y el niño Bobby se va a despertar bravo.

(Sombra de ojos en el dedo torcido: yo niño de treinta años...)

Ya voy Felipa (qué tenía que tomarme esos nembutaes). Ahorita me levanto. Deciles que esperen.

Abajo, cuatro hombres de particular. Placas de policía ninguno. En qué puedo servirles, señores (debe haber sido el judío). El señor Greenhouse ha puesto una queja contra usted. Un cheque en blanco. Sin fondos. Yo sé quien es usted, señora, mi papá fue contador de su tienda. Va a dispensar, pero tiene que acompañarnos. (Va a dispensar, va a dispensar pero tiene que acompañarnos). ¿Y a dónde?

Decile a la vieja que se apure.

Calláte vos, no seas lamido, ella es una señora decente, mi papá fué empleado de ellos.

Decente, qué decente, ni que decente. ¿Decentes estos chancles cabrones...? si ya vine el otro día y los encontramos en una

fiestecita. ¡Decente! decente fiestecita y el jefe se encerró con su hijo o su hija — ¡qué putas sé yo! — Bobby como que le decían.

Acompáñenos, ya, señora.

(Bobby o Bobba. Qué había tenido adentro. Fue adentro o fue afuera. Si el doctor dijo que era hombre. Y bien hombre que era. Robusto. Fuerte. Como todos los niños. Será muy macho, dijo Roberto. Ya le he comprado un caballo y una pistola. y el caballo y la pistola se quedaron solos, porque se me secó el vientre y le entró berrinche por una niñita).

Qué le pasa. ¿No oyó que nos acompañe?

Felipa. Felipaaa. Dile a Bobby que me llevaron. Que le hable a su tía. Que consiga dinero. Que vea qué hace. Que se levante. (y él qué sabe de estas cosas), pero decile.

* * * * *

Una larga bata de terciopelo azul sobre su cuerpo. Asomado a la baranda de las escaleras, marihuana y alcohol entre el platino de su cabellera. Platino de frasco. Artificial platino.

Se llevaron a su mamá, niño Bobby. (Niño Bobby, niño Bobby, ¿Bobby o Marylin? ¿Cuándo Bobby y cuándo Marylin?)

Se la llevaron. ¡Hoy sí se la llevaron!

La Felipa entendió que no la entendía. Cogió al sirvientito. Sin un centavo para el autobús: treinta cuerdas con setenta años a cuestas. (Hoy sí se la llevaron. Vieja... no, mamá... pobre mamá. ¿Y yo? Yo qué sé de esas cosas. Lindos vestidos, largos cabellos. Yo qué se de esas cosas. Iré a la policía. ¿Y cómo? Pelo pintado, cejas depiladas. ¡Yo qué se de esas cosas!)

Felipa. Mamá.

(Mamá toma nembutales).

¡Felipa!

(Farmacia. Dos frascos. Ayer).

La lengua bata azul chorreaba su terciopelo de un lugar a otro, de una gaveta a otra. El baño, el cuarto. El cuarto, el baño.

(Los dos frascos. De una vez. Los dos frascos. De una vez. Se me deshizo una, qué horror de amargura. Otra, otra, otra. Dormir. Eso sí. Dormir. Mamá. Dormir... ¡Ya saldrá!)

Bajo el dosel: raso verde y dorado, la bata de terciopelo se fue cayendo hasta el suelo.

* * * * *

Aire con cloroformo. Ruido de pies ligeros.

No se quiere dejar. Mirá cómo le metés la sonda. Ponele rápido el suero porque así como está de seco, quizá no aguanta. De seca, dirás. Mirala ¡tan chula! con su pelo pintado. Que le metas la sonda, pero en otra parte, ha de querer. Estos son unos malditos mariconean y mariconean, y cuando se aburren hacen estas babosadas. Los debieran de poner a todos desnudos en el parque central y yo sería de los primeros en irlos a hacer mierda.

(Si te he visto no te conozco. Tu voz me es tan familiar).

Porque eso es lo que necesitan: una buena golpiza y se les quitan las mañas. Abrile la jeta a la fuerza, bien que si fuera otra cosa la abriría “esta maldita”. Yo por mí lo dejaba que se muriera de una vez, para qué sirven estas porquerías. Pero ya está aquí y no hay vuelta de hoja.

¿Qué es esa manera de tratar al paciente?

Perdone doctor Ramos, sólo broméabamos.

Bobby: abre la boca. Soy Rodrigo, el médico de tu casa.

Abre la boca.

Lentamente los labios se fueron despegando.

Yo creía que no oía, doctor Ramos.

Así son los somníferos.

Una enorme sacudida corrió por aquel cuerpo crispándole las manos.

¡Bobby, Bobby!

Creo que está muerto doctor Ramos...

El largo corredor. Intestino de hospital.

¿Qué pasó vos? ¿Quién esta auxiliando al doctor Ramos?

Yo ¿por qué?

Lo ví pasar muy pálido.

Babosadas del viejo, ¡una marica que él conocía se acaba de tirar el último! Andá a mirarlo. Allá está en la otra sala. Es uno de pelo pintado.